

Eje 4 Representaciones, discursos y significaciones

“Ellos, la barbarie. Representaciones sobre los movimientos sociales en los discursos de la prensa escrita”.

Natalia Ortiz Maldonado¹.

“Nos amenazan con sus rostros cubiertos y sus palos”
La Nación, 28/07/04.

“Decirnos bárbaros es una barbaridad”
Pared de Chacabuco y México, ciudad de Buenos Aires

Primeras Palabras.

En este trabajo se exploran algunas de las maneras a través de las cuales la prensa escrita representa a los miembros de los movimientos sociales. Se trata de representaciones sociales portadoras de un “otro anormal”, es decir, de discursos que producen y reproducen la imagen de un sujeto paradójicamente situado en el límite de la subjetividad (si por subjetividad entendemos algún tipo de racionalidad más allá del deseo de violencia).

He intentado seguir a Boaventura de Sousa Santos en su invitación a rechazar toda pretensión teórica de generalización o futurología (Santos, 2004). Y es por ese motivo que sólo he tratado de problematizar objetos de discurso, es decir, no intento representar un objeto preexistente o crear discursivamente un objeto que no existe, sino que busco visibilizar el “*ensamble de prácticas discursivas que hacen ingresar algo en el juego entre la verdad y la falsedad, y lo colocan como un objeto para la mente*” (Foucault, 1970). Si la política se filtra en los procesos sociales que naturalizan aquello que se percibe como “bueno y normal” –y aquí se asume que lo hace- se trata de efectuar una relectura en clave de lucha política de aquello que se percibe inconflictuado.

Partiendo de las premisas epistemológicas y metodológicas propias de la investigación cualitativa, en el primer apartado se tratan las cuestiones teóricas que han actuado como “nociones-guía” de este trabajo. En el segundo, se precisan algunas de las particularidades de la metodología utilizada. En el tercero, cuarto y quinto se (re) construyen los discursos y las representaciones que circulan alrededor de los miembros de las organizaciones sociales, particularmente, aquellos que los representan desde la

violencia e irracionalidad y desde su ubicación en un pretendido “afuera” de lo social. Finalmente, en el sexto apartado se esbozan algunas conclusiones sobre los puntos anteriores, mientras que el séptimo se formulan algunos interrogantes surgidos durante el devenir de esta exploración.

I. Sobre la lucha política y las representaciones sociales.

Un trabajo que parte de la perspectiva cualitativa no es un trabajo que niega la importancia de la teoría. Por el contrario, es un trabajo que busca explicitar hasta donde sea posible las “nociones-guía” que atraviesan a quien lo realiza, pero a la vez, es un trabajo que no intenta medir la verdad de esas nociones teóricas (Maxwell, 1996). Las lecturas de las que es culpable quien escribe estas líneas se vinculan con el discurso como un productor y reproductor de la realidad, con la imposibilidad de mensurar los fenómenos sociales, y con la imposibilidad de establecer relaciones causales en estos escenarios. O en otros términos, se trata de las tres negaciones de las que hablara Michel Foucault: del origen, de la causa y de la continuidad (Foucault, 1970).

Existen discursos y prácticas que se vinculan de una manera particular con la producción de aquello que se considera “bueno” y normal”. Se trata de discursos y prácticas con la intensidad suficiente como para construir representaciones sociales, es decir, construcciones simbólicas individuales o colectivas que los sujetos elaboran -o a las que apelan- para interpretar al mundo, para reflexionar sobre su propia situación y la de los demás, y determinar el alcance y la posibilidad de su acción histórica (Vasilachis de Gialdino, 1997 y 2003). Entre las representaciones sociales generales y las subjetividades individuales, se configuran permanentemente las luchas físicas y simbólicas por aquello que es considerado como “bueno y normal”: he ahí la política.

Refinada la disciplina, en el mundo del postcontrol coexisten las prácticas de las agencias e instituciones que construyen lo que llamamos “bueno” y “normal”, con las prácticas de autorregulación de los sujetos (De Marinis, 1998 y 2004). A la vez, un nuevo saber aparentemente plural, apela a las bondades de lo múltiple y heterodoxo (Zizek, 1998). En este escenario, para que la noción poscontrol (y la de política) no pierda su poder explicativo, puede pensarse en las dimensiones a las que alude Tamar Pitch: 1) El de las instituciones y agencias que definen y gestionan lo permitido y lo prohibido: derecho, justicia penal y psiquiatría, 2) El de las agencias públicas y privadas

¹ Becaria del CEIL-Piette del CONICET, miembro del Programa Permanente de Estudios del Control Social del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

vinculadas a la distribución de recursos económicos, psicológicos y sanitarios, 3) El de los grupos sociales que de alguna manera impugnan los criterios de bueno/normal propiciados por esas instituciones y agencias (Pitch 1996). Pero además, existe un cuarto nivel: el de las naturalizaciones (anulación del conflicto) que sobre todos los niveles anteriores realizan los medios masivos de comunicación. Pensar al poscontrol no sólo remite al conflicto que lo hace visible y a la posibilidad de producción teórica a partir de éste, sino que puede llevarnos hasta los actores políticos que impugnan lo que ha sido neutralizado, y por consiguiente, puede llevarnos hasta la manera en que los medios de comunicación los reconstruyen textualmente.

En los últimos años, diversas indagaciones señalan la presencia de un “paradigma de la inseguridad” (Pegoraro, 2001, Feeley y Simon, 1998, Melossi, 1999) en el sentido de un conjunto de procesos que redefinen no sólo el actuar del estado y de los medios de comunicación, sino también la manera en la que los sujetos perciben su presente y su futuro (“la percepción social del riesgo”). Ante la pérdida de su capacidad para gestionar los conflictos, el estado economiza el ejercicio de su poder –retirándose de las prestaciones que lo hicieron llamarse “benefactor”- y se concentra en la definición de los “sectores conflictivos”, a su vez, los estratos enriquecidos desvían sus recursos hacia los sistemas de seguridad privados sin que ello implique una disminución de sus reclamos ante el estado (Sozzo, 1999). Se configura un escenario en el que coexiste un “Estado de seguridad” cuyas prácticas represivas se legitiman en el discurso de la “ley y el orden”, el asistencialismo de supervivencia hacia los sectores más pobres, y las campañas de alarma social en pos de mayor represión que inciden sobre la “percepción social del riesgo”. Pero, señala Castel, no se exigen ni producen modificaciones reales sobre la redistribución de las protecciones sociales, con lo cual la “inseguridad” queda asociada a la inseguridad en la protección de las libertades fundamentales y la propiedad privada (Castel, 2004). Dentro de este contexto, se torna crucial la noción de la “peligrosidad social” en términos de categoría de lectura de los nuevos procesos de poscontrol (Pitch, 1996). Peligroso es todo aquello que la red de las agencias expulsa o aquello que a ellas escapa y resiste. Toda aquello que amenaza con desnaturalizar lo que ha sido definido como bueno y normal, todo aquello que visibilice la lucha política.

Comencé esta exploración desde (o quizá hacia) esta trama de nociones y tensiones. El devenir de mi trabajo me llevó hacia otro tipo de lecturas e interrogantes, pero aún así el poscontrol, la política y las representaciones sociales se mantuvieron entrelazados en mis aseveraciones y en mis incertidumbres.

II. Sobre los aspectos metodológicos.

La selección de la metodología de este trabajo se encuentra estrechamente vinculada a los presupuestos epistemológicos del mismo. Se trata del uso de un análisis de discurso en el que convergen la lingüística y la sociología, ya que el análisis discursivo se subordina a la comprensión de los procesos –siempre discontinuos y yuxtapuestos- que conforman lo que llamamos realidad social.

Como premisa metodológica, se considera al discurso como aquello *por lo que y a través de lo cual se lucha*, en términos foucaultianos, se considera al discurso como formación discursiva. Se trata de un entramado cuyo objeto no está dado por aquello a lo que las emisiones se refieren sino por la propia coexistencia de las mismas en el tiempo y el espacio. Según esta premisa, la unidad del discurso no estará dada por un único objeto, sino por la existencia de un espacio construido por enunciados que nombran, designan, explican, denuncian, excluyen, narran las causas pasadas o las implicancias futuras de un fenómeno (Foucault, 1987, 2001 y Vasilachis de Gialdino 1997). No se trata de un continuo homogéneo, ni de una cristalización del *statu quo* sino de un “efecto de verdad”, de una cristalización momentánea de un saber y de un poder con historia pero sin causas.

La confección del *corpus* de este trabajo se realizó a partir de la selección de las columnas dominicales de tres diarios nacionales argentinos: La Nación, Página 12 y Clarín. Al interior de cada periódico se escogieron dos columnas que, habiendo sido publicadas durante el período 2003-2004, se refiriesen a los movimientos sociales en el titular o en el cuerpo de las notas. De esta manera, el parámetro utilizado se basó en tres lineamientos: 1) la continuidad de la columna en el período de tiempo a analizar, 2) la simultaneidad temporal de todos los artículos, y 3) la temática abordada. Siguiendo este criterio se reunieron en soporte de papel los siguientes artículos dominicales: a) Editoriales de La Nación: La Nación, sección “Opinión”, subsección “Editoriales”, b) Mariano Grondona: La Nación, sección “Opinión”, subsección “La semana política I”, c) Horacio Verbitsky: Página 12, d) Mario Wainfeld: Página 12, e) Editoriales de Clarín: Clarín, sección “Opinión”, subsección “Editorial”, f) Eduardo van der Kooy: Clarín, sección “Opinión”, subsección “Panorama político”.

Establecido el *corpus*, se realizó una primera exploración durante la cual se detectaron y analizaron las *redes semánticas* existentes al interior de la formación discursiva. Dichas redes se elaboran desde los *ítems* lexicales, es decir, desde aquellos

ítems que por su reiteración tienen la entidad suficiente como para constituirse en nudos de res. Tras el análisis preliminar utilizando las redes semánticas, fue necesario precisar las estrategias a través de las cuales serían abordadas las emisiones. En ese momento de la investigación, se optó por la identificación y el análisis de las maneras en las que los actores son categorizados (Sacks, 1984), así como también de las acciones que se predicen de ellos y las que se les atribuyen (Vasilachis 2003 y 2005), las metáforas asociadas a estas representaciones (Blasco, 1999) y finalmente, la manera en la que se construye el contexto social textual.

En relación al uso de metáforas, es necesario señalar que se trata de recursos de categorización en los que se superpone el significado literal y el metafórico (Giora, 1999), mientras que el contexto es aquello que contribuye a eliminar la ambigüedad eliminando lo menos plausible (Blasco, 1999). Ninguna relación social se produce en el vacío, y por este motivo, en la realización del trabajo el contexto adquiere una singular importancia. No se trata de analizar el contexto social global o el contexto comunicativo (si bien fueron tenidos en cuenta) sino el *contexto social textual*, es decir, la representación en el texto del contexto en el que el propio texto se encuentra inmerso (Vasilachis de Gialdino, 1997). En los siguientes apartados se relatan –sucintamente– algunos de los resultados de esta exploración.

III. Los bárbaros: violentos por naturaleza o necesidad.

Del análisis realizado surgieron cinco maneras diferentes de calificar a los miembros de los movimientos sociales y a sus acciones. Se trata de cinco tipos de nodos de red (que aquí se acompañarán con ejemplos) que bosquejan la manera en la que se produce y reproduce un tipo de subjetividad. Las formas de representación dominantes son aquellas que predicen violencia e irracionalidad, cualidades negativas, privación y delincuencia. La atribución de entidad política a los miembros de las organizaciones sociales y su asimilación a la “dependencia” es una estrategia secundaria dentro de esta mirada de formas que construyen al “otro”.

III.1) Violencia e irracionalidad.

La categorización que utiliza la violencia y la irracionalidad es la predominante al interior de la formación discursiva analizada. Podemos citar los siguientes ejemplos:

E1 “Los violentos” (MG, 27/06/04)²

E2 “Se trata de grupos de choque irregulares y violentos” (LN, 11/07/04)

E3 “...quienes hacen de la violencia su modo habitual de acción” (LN, 13/06/04).

E4 “Salvajes enfrentamientos” (LN, 11/07/04)

E5 “Parecen incitar al juego de la violencia” (EVDK, 16/05/04)

E6 “Los salvajes e inaceptables ataques” (LN, 27/06/04).

De los ejemplos mencionados surge que la representación textual expresa o implícita que gira alrededor de la violencia se vincula con una imagen particularmente negativa. Se predica la violencia no sólo como rasgo identitario distintivo (E1, E2), sino también como forma de relación social por antonomasia (E3). Pero además, se la vincula con el “salvajismo”, con la evocación de un sujeto ubicado en los límites de la subjetividad, un sujeto definido por su irracionalidad. Esta manera de categorizar a los actores y a sus acciones permanecerá soterradamente en las calificaciones siguientes.

III.2) Cualidades negativas.

Otra manera de representar textualmente a los miembros de las organizaciones sociales y a sus acciones consiste en la atribución de cualidades socialmente disvaliosas. Es decir, se predicen de ellos actitudes, deseos o “manera de ser y de estar” que factiblemente provoquen rechazo en el potencial interlocutor. Así, se habla de:

E7 “enmascarados” (LN, 13/06/04)

E8 “adictos al poder” (LN, 13/06/04).

E9 “Los subsidios degradan a quienes los reciben y los cronifican en su situación actual” (HV, 27/06/04)

E10 “Se han tornado más incómodos, flagelantes, por el paso del tiempo” (EVDK, 29/08/04)

En el caso de “enmascarados” (E7) no sólo vemos la ontologización de una coyuntura, sino que sustantivizar el uso de máscaras evoca una imagen particularmente atemorizante para los interlocutores. Es que la apelación a las “máscaras” señala el ocultamiento del rostro, pero además, puede inducir a pensar en el ocultamiento de ciertos deseos o propósitos. Ocultamiento que sería necesario en tanto ilegítimos los deseos o los propósitos. En el ejemplo siguiente (E8) se predica la adicción de los piqueteros al poder, pero ello no excluye que se evoque una adicción de otro tipo. Sea

² Los ejemplos se acompañan de las iniciales de sus autores y de las fechas correspondientes. Así: LN (Editorial de La Nación), MG (Mariano Grondona), HV (Horacio Verbitsky), MW (Mario Wanfield), EC (Editorial de Clarín) y EVDK (Eduardo van Der Kooy).

cual sea el objeto de la adicción, siempre se está hablando de un sujeto alienado, de un sujeto cuya voluntad no podría dar dirección a sus actos.

En relación con la recepción de planes sociales, el ejemplo seleccionado (E9) sintetiza la prédica de “degradación” y de “cronificación” que se ha detectado en reiteradas oportunidades. Se trata de la construcción de un *in crescendo* que en muchos casos se articula con la violencia. En el ejemplo siguiente (E10) este *in crescendo* se pone en relación con el aumento de su “ser incómodos y flagelantes”.

III.3) La privación.

Diversas emisiones construyen textualmente a los miembros de las organizaciones sociales desde aquello que se supone que no poseen. Así:

E11 “Desocupados, marginados y excluidos” (LN, 23/11/03).

E12 “Los últimos desharapados” (HV, 29/08/04)

E13 “Desprovistos de trabajo, de dinero, de partidos que los representen...” (MW, 02/11/03).

Decir “desocupados” supone la ausencia de trabajo asalariado, pero a la vez, decir seguidamente “marginados” y “excluidos” (E11) induce a pensar que el criterio de inclusión-exclusión en el espacio social está dado por una variable económica. Este tipo de calificación suele desplazar otro tipo de cualidades: afectivas, creativas, imaginativas, etc. En el ejemplo siguiente (E12) se representa a los miembros de los movimientos sociales enfatizando en una especie de “carencia extrema”: no sólo se los construye como “los últimos” sino a través de la desnudez parcial de los “desharapados”. Finalmente, en el tercer ejemplo (E13) cristaliza la forma de calificación por la privación, pues al decir que no poseen trabajo, dinero ni representación política se los ubica en un espacio despojado, en el que difícilmente puedan pensarse las motivaciones pasadas o futuras. La representación desde la carencia implica una privación problemática, pues no sólo silencia lo que sí se posee, sino que también puede inducir a pensar la existencia de bienes materiales o inmateriales que no se poseen pero que se deberían poseer, en este sentido, el trabajo se entiende exclusivamente como trabajo asalariado y no como las tareas que se realizan y modifican el mundo de quien las lleva adelante y de su entorno.

III.4) Protesta = Delito.

El cuarto eje de nodos de red semántica es aquél que asimila a la protesta social con la transgresión normativa en general, y con la transgresión penal en particular. Así:

E14 “Incendian y saquean” (LN, 30/11/03)

E15 “Cercenan el derecho de los ciudadanos a desplazarse libremente, violando la ley penal” (LN, 9/03/03)

E16 “La rigidez del sistema de asignación de planes obliga a los propios beneficiarios a transgredir para no quedar a la intemperie. Defensa propia, que le dicen” (MW, 19/10/03).

E17 “Amenazan la seguridad” (EC, 30/11/03).

E18 “Grupos provocativos inorgánicos creados para violar la ley y quebrar la seguridad” (LN, 13/06/04).

E19 “La inseguridad, sobre todo, y los piqueteros provocan desgaste en el gobierno. La fragmentación social no ayuda a combatir al delito (EVDK, 29/08/04)

La asimilación de la protesta al delito se realiza a través de la mención de acciones que factiblemente son transgresiones a la ley penal (E14), así como también a través de la mención expresa de tal situación (E15 y E16). Pero además, en los últimos ejemplos de este apartado surge una particular manera de equiparar la protesta con la comisión de ilícitos: la reiterada mención a la “seguridad”. Así, mientras en E17 se señala que los miembros de los movimientos sociales “amenazan la seguridad”, en el ejemplo siguiente se sostiene que se trata de grupos *creados para quebrar la seguridad* (E18).

En el E19 la asimilación entre protesta social e inseguridad se produce en dos movimientos. A través del primero, “los piqueteros” aparece como un desprendimiento de “la inseguridad” estableciéndose entre ellos una relación de género a especie, ya que dentro del género “inseguridad” se encuentra la especie “piqueteros”. A través del segundo movimiento se los asimila. Tras señalar que ambos provocarían el desgaste del gobierno, se dice que “la fragmentación social no ayuda a combatir el delito”. De manera que puede hablarse de una línea que partiendo de la “inseguridad” como problema general, va hacia la protesta social como problema particular y desde allí, se llega a la transgresión de la ley penal.

III.5) Como dependientes.

Los cuatro ejes analizados hasta ahora muestran la manera en la que se va construyendo una imagen del “piquetero violento” cuyo rasgo común (además de la violencia) pareciera estar dado por la negación de su carácter de sujeto político. En este sentido, encontramos un quinto eje de nodos de red semántica que no priva a los miembros de las organizaciones sociales de tal entidad, pero que paradójicamente, una vez construido como sujeto político, apela a la representación de un “sujeto político dependiente”. Así:

E20 “Los discursos piqueteros pueden ser drásticos, socialistas, anarquistas. Pero su praxis los lleva casi exclusivamente a la interlocución con funcionarios estatales” (MW, 02/11/03)

E21 “Han sido mucho más funcionales al mantenimiento de la paz social que al de la violencia (que casi ninguno de ellos practica) o al de la revolución (que varios predicán pero que pocos acompañan con prácticas consistentes) (MW, 30/11/03).

E22 “Son agrupaciones que responden a grandes agrupaciones políticas y a líderes sin filiación” (EC, 30/11/03).

Se trata de un doble movimiento que tras privar a los sujetos y a sus acciones de “violencia e irracionalidad” los construye como dependientes y maleables. En el primer ejemplo (E20) tras evocar la pluralidad de discursos que circulan en los movimientos sociales, se señala que “su praxis los lleva casi exclusivamente” a la articulación con los agentes del estado. De esta manera se cercena la posibilidad de *cualquier tipo* de práctica o discurso de transformación social, y además, se equipara a los miembros de los movimientos sociales -como se ve en el ejemplo 22- con las fuerzas y formas políticas tradicionales.

III. 6) Por naturaleza o por necesidad: violentos.

La línea predominante en la formación discursiva analizada es, según se dijo, aquella que se construye sobre la representación de violencia, sobre su producción y reproducción. A su vez, dentro de la misma formación discursiva aparecen dos estrategias vinculadas con las “causas de la violencia”. Según la primera de ellas, la violencia se vincula causalmente con una especie de “matriz violenta” que constituyendo a todos los miembros de las organizaciones sociales por igual, imprimiría en sus identidades y en sus actos violencia e irracionalidad. Así:

E23 “La matriz violenta de los piqueteros” (LN, 23/11/03)

E24 “La condición anárquica que late en nuestras raíces” (MG, 30/11/04).

Junto a esta construcción causal de los “violentos por naturaleza” encontramos otra que podría denominarse “violentos por necesidad”, puesto que ella articula las acciones de los miembros de las organizaciones sociales con una necesidad que los “disculpa”. De manera que tras inculpar se disculpa, en general, aludiendo a la inexistencia de posibilidades laborales. Es significativo que, por un lado se “inculpe” sin problematizar ni la “culpa” ni la “disculpa”, y por otro lado, que se tracen relaciones causales determinantes. En este sentido, las causas de la violencia serían:

E25 “La desocupación...” (MG, 09/03/03)

E26 “Niveles de desempleo y subempleo insoportables...” (HV, 27/06/04).

E27 “...permanecieron muchos años alejados de los lugares de trabajo y miles de jóvenes que no vieron trabajar a sus padres” (EC, 24/10/04).

Se trata de la elaboración de una relación causal entre pobreza y violencia que, lejos de profundizar en las posibles situaciones en las que los miembros de las organizaciones sociales se encuentran inmersos, construye el equivalente pobreza-violencia como relación ineludible.

IV. Nosotros: la sociedad.

Las imágenes del “piquetero violento” se insertan en una metáfora más grande que se proyecta como escenario: la metáfora del “afuera” del espacio social. Utilizando un parámetro por lo general económico, se crea una imagen dicotómica de lo social y luego, se construyen textualmente a los habitantes de ambas dimensiones utilizando la estrategia de la contraposición: aquello que se predica de un sector cambia de signo cuando se alude al otro.

IV.1) Adentro, nosotros, la sociedad.

En la mayor parte de los relatos analizados, existe un “adentro” constituido por los sectores medios y altos. Este “adentro” muchas veces se refuerza por el uso de la primera persona del plural para referirse a él. Por ejemplo:

E28 “Cada vez que una columna piquetera corta nuestras rutas o nuestras calles...” (MG, 30/11/03)

E29 “Los argentinos nos estamos convirtiendo, como el los peores tiempos, en rehenes indefensos de la violencia” (LN, 11/07/04)

E30 “Somos una sociedad que se sintió, por momentos, atrapada por las amenazas de los violentos” (EVDK, 22/01/04)

Estos ejemplos muestran la manera en la que los “desocupados, marginados y excluidos” se sitúan en relación a quienes estarían “dentro”. Los rasgos identitarios sobre los cuales se esboza la subjetividad de los “habitantes del adentro” se vinculan con el ser “argentinos”, “sociedad” o “ciudadanos”, es decir, en la imagen especular del afuera violento e irracional.

IV.2) Afuera, bárbaros y salvajes.

La representación textual del “afuera” de lo social, si bien se basa en la violencia no se limita a ella, pues la atribución de violencia se complementa con la de “indignidad”. En la formación analizada se reitera significativamente la “pérdida de

dignidad” en relación con la “pérdida de trabajo” (asalariado). Se construye una imagen secundaria de otro habitante del afuera, el “buen pobre”, el cartonero. Así, leemos:

E31 “El piquetero rechaza un empleo y prefiere un plan” (LN, 23/11/03)

E32 “Han instalado una corriente opuesta a la ética del trabajo” (LN, 09/03/03).

E33 “Tal vez sea difícil entenderlo, pero lo cierto es que el cartonero conserva la ética del trabajo” (LN, 3/11/03).

E34 “Lo que importa es que la sociedad rescate, para él, la dignidad que genera todo trabajo bien realizado” (23/11/03).

La imagen del “buen pobre” refuerza la del “mal pobre” no sólo en lo referido a la dignidad y al trabajo, sino en (una vez más) la atribución de violencia a quienes forman parte de organizaciones sociales. Así:

E35 “Son militantes informales armados con palos” (LN, 11/07/04)

E36 “Organizaciones bien montadas” (LN, 27/06/04)

E37 (los cartoneros son) “pobres, desarmados e inocentes” (MG, 27/6/03)

En los ejemplos se contraponen las “organizaciones bien montadas”(E36) con quienes serían “pobres, desarmados e inocentes” (E37). Se construyen así dos identidades textuales disímiles. Por un lado, quienes no forman parte de una organización social son “pobres, desarmados e inocentes” y por el otro, quienes sí lo hacen, estarían armados, serían culpables y “no tan pobres”.

El “trabajo”, la “dignidad” y la “organización” se construyen como valores positivos en la medida en que son atribuidos a quienes están dentro de “la sociedad”. Se supone que quienes están fuera de ella no los poseen, y si los poseen se los construye como valores negativos. Si quienes están “afuera” se organizan, se los representa como “organizaciones para el caos” según ya se analizara, o bien, si quienes están “afuera” trabajan (entendiendo por trabajo la modificación del mundo a través de la actividad humana) ello es negado en la construcción textual, a menos que se trate de un “buen pobre” que la sociedad “aún pueda rescatar” (E34) pues no forma parte de una organización.

V. Del orden y el caos: entre la guerra y la biología.

Los actores y las acciones que de ellos se predicen o las que se les atribuyen, se inscriben en un contexto más amplio que, en el discurso analizado, recurre reiteradamente a dos tipos terminológicas: la de la guerra y la de las ciencias naturales. Mientras la guerra evoca la presencia de dos grupos contrapuestos, las ciencias naturales

aluden a procesos que escapan al control humano. En el discurso analizado ambos registros se yuxtaponen hasta tal punto, que en muchos casos no es viable suponer que se trata de dos metáforas separadas o separables sino más bien de una misma construcción metafórica.

V. 1. Las metáforas de la guerra.

Las metáforas de la guerra evocan la existencia de dos grupos más o menos similares que disputan algún tipo de bien. En la formación analizada las metáforas de la guerra suelen vincularse con el binomio orden/caos. Así:

E38 “Los piqueteros han ido creando en el país un clima de caos e inseguridad (...) Estos hechos, al sumarse y potenciarse entre sí, están generando en la sociedad miedo e incertidumbre” (LN, 27/06/04).

E39 “Pero el orden, que impera en el nivel de las instituciones, no impera todavía en las calles. No estamos en anarquía, pero padecemos, eso sí, un foco anárquico” (MG, 27/06/04).

La mención al “caos” no sólo evoca una situación en la que las normas y las instituciones estarían suspendidas, sino que la metáfora se extiende más allá de lo jurídico-político hasta interpelar a la sensibilidad vinculada con la propia existencia. Así, el “caos” remite a imágenes tan poderosas que se ubican en los bordes mismos de la metáfora de la guerra porque, si bien ambos términos se encuentran asociados retóricamente, el “caos” amenaza con el exceso de los mínimos criterios que perviven dentro de la guerra, por ejemplo, el “ellos” y el “nosotros”. Si bien aquí el “caos” no se antepone a la guerra sino que es utilizado como un elemento retórico en función de esta, es conveniente tener en cuenta el poder retórico de este término para dotar de sentido al contexto social textual representado como “caótico”. Máxime si se tiene en cuenta que en el ejemplo bajo análisis el “caos” aparece unido a la “inseguridad” (E38).

V. 2. Las metáforas biológicas.

Las metáforas biológicas se distinguen de las bélicas en que sustraen lo evocado a la racionalidad humana, por este motivo, son particularmente eficaces para potenciar la angustia ante lo inmanejable. Así:

E40 La inundación: “A partir de 1997, el movimiento piquetero no cesó de expandirse hasta inundar, como lo hace hoy, las calles de Buenos Aires” (09/03/03).

E41 El tumor: “El FOCO ANARQUICO ¿DISMINUYE O SE EXPANDE?³ (...) No es la muerte del Estado la que produce anarquía. Es un tumor, el desorden público, cuya extirpación ha pasado a ser una grave preocupación de la sociedad y del Estado” (MG, 27/06/04).

E42 Los cardos: “LAS RAICES DEL MOVIMIENTO PIQUETERO. En una pradera hasta ayer prometedora, se expandieron de golpe los cardos” (MG, 09/03/03).

E43 El contagio: “En la medida en la que las movilizaciones tienden a generalizarse, los habitantes de las ciudades infectadas están sometidos a crecientes inconvenientes” (EC, 30/11/03).

La inundación (E40), el tumor (E41) y los cardos (42) comparten las connotaciones de expansión o de contagio (E43). Todas ellas son significativamente negativas pues evocan la puesta en peligro de la propia vida. Todas ellas señalan la existencia de un peligro que acecha. Y como se dijo, tal peligro se construye en el propio límite de la subjetividad.

VI. In conclusiones: de eso no se habla.

Las verdades sociales se construyen, quizá, en las tensiones entre lo visible y lo enunciable, entre lo forcluido y lo manifiesto, o como decía al principio de este trabajo, entre lo bueno/normal y aquello que no lo es. Aquí se analizaron “las cosas que se dicen” sobre los miembros de los movimientos sociales, y en este sentido podemos decir que la prensa escrita produce y reproduce:

1) A los miembros de los movimientos sociales como sujetos en el borde de la no subjetividad. Por “naturaleza” o “por necesidad”, siempre violentos, siempre representados como únicos habitantes del límite de la transgresión normativa.

2) Un mundo partido (sólo) en dos. A través de la metáfora de la exclusión surge un mundo binario que, construido a partir de la utilización de un parámetro economicista, se extiende hacia diferentes aspectos: jurídicos, sociales, culturales y políticos.

3) El conflicto es (re) creado como la irrupción violenta y arbitraria en un escenario apacible y ordenado. El caos del afuera penetrando en el orden del adentro. La metáfora de la guerra factiblemente fomente la revalorización del orden existente y la percepción del conflicto social como un riesgo generalizado, mientras que la metáfora

³ En este trabajo, las mayúsculas son utilizadas en la transcripción de titulares.

de la naturaleza muestra al conflicto como producto de extrañas fuerzas que escapan al control humano, es decir, sin motivos ni historia.

Decir lo que sí se dice necesariamente remite a lo que “no se dice”, o en términos de Boaventura de Sousa Santos, a una sociología de las ausencias (Santos, 2004). En este sentido, la prensa escrita no produce ni reproduce:

1) Las imágenes de la pluralidad del movimiento social. La innumerable cantidad de movimientos de desocupados, campesinos, pueblos originarios, ecologistas, feministas, etc. son aglutinados bajo la denominación de “piqueteros”.

2) Las imágenes de las contingencias de los movimientos sociales. Las historias, los afectos, las motivaciones pasadas y futuras, así como también la pluralidad de los medios de lucha quedan absolutamente opacadas bajo la denominación “violentos”.

3) Los cuestionamientos al modelo de sociedad, de jerarquía, de relaciones y de distribución de bienes. En ningún caso los miembros de las organizaciones sociales aparecen como voces que interpelen lo que ha sido históricamente construido como “bueno y normal”: nuestras racionalidades económicas, jurídicas, políticas, sociales y culturales.

Dentro de la dimensión de las “conclusiones” también puede pensarse en una paradoja, la de la “bestia extranjera”. Se crea el orden y a un otro más o menos inhumano que atenta contra él. No sólo se omite la pluralidad de movimientos y de prácticas vinculadas al conflicto, sino que también se omite señalar que esos individuos desean y temen. Y esas omisiones en la representación de “lo otro” son tan culpables como cualquier aseveración de barbarie. La politicidad reside entonces no sólo en la omisión de las alternativas en la voz de los miembros de los movimientos sociales, sino también en privarlos de subjetividad al ubicarlos como habitantes del afuera, de la transgresión, del desorden... En aquellas representaciones que construyen a los miembros de las organizaciones sociales como sujetos políticos dotados de racionalidad, surge una paradoja distinta: se les da la entidad de adversarios políticos pero inmediatamente después se brindan imágenes de dependencia y maleabilidad que opacan sus potencialidades para la transformación social y política. La realidad de la prensa escrita no agota las posibilidades de lo real, pero aún así, es un tipo de realidad peculiar puesto que el escenario de los medios masivos de comunicación se ha transformado en una de las más importantes dimensiones de producción y reproducción de verdad.

VII. Últimas palabras: los anormales y la política.

Las conclusiones generan, casi siempre, nuevos interrogantes. Tras haber analizado las maneras en que la prensa escrita representa a los miembros de los movimientos sociales, y tras haber concluido en la politicidad de lo que ella dice y de lo que calla, surgen nuevos puntos de fuga e interrogantes alrededor de los “habitantes del afuera”.

En primer lugar, resuenan las palabras de Foucault cuando oponía el “modelo de la exclusión del leproso” al de la “inclusión del afectado”. Mientras el “modelo de la exclusión del leproso” implica la partición en dos de la población en sanos y enfermos, el modelo de la “inclusión del apestado” implica la individualización, es decir, la división y subdivisión permanentes. Se trata de diferencias constantemente actualizadas entre quienes están enfermos y quienes no lo están. Quizá estemos más cerca del primer modelo que del segundo, puesto que aquél se caracterizaba por la separación regida por el “no contacto”, por la puesta de los infectados “más allá de la comunidad” y por la descalificación jurídica y política de los expulsados (Foucault, 2000: 51 y ss.). Las prácticas de la exclusión son tan variadas como las relaciones sociales, y dentro de ellas, la exclusión simbólica parece ser no sólo la exclusión hacia fuera de lo pensable, sino también una de las condiciones de posibilidad de la exclusión y de la violencia físicas. Mientras Foucault rastrea en los siglos XVIII y XIX la construcción de un “monstruo anormal” cuya mera existencia transgrede las leyes de la sociedad y de la naturaleza, Giorgio Agamben plantea que en los dos siglos posteriores el conflicto político no será tanto la distinción entre lo normal y lo anormal, sino entre lo humano y lo inhumano. El *homo sacer* de Agamben (1998) es justamente el individuo de los campos de concentración, de las favelas, del conurbano bonaerense. Es aquél absolutamente despojado de todo excepto de su *nuda vida*. No es necesaria la ley para matarlo, ni la ley se activa una vez que ha sido asesinado.

A través del concepto de biopolítica Foucault indica que las luchas contemporáneas han cambiado. Ya no se trataría tanto de la lucha contra las formas de dominación étnica, social o religiosa, tampoco se trata de la lucha contra las formas de explotación alienantes. La lucha actual sería la lucha contra las formas de sujeción, contra la sumisión de la subjetividad (aunque ello no quiere decir que la dominación o la explotación hayan desaparecido). Es la lucha del sujeto contra todo lo que quiere separarlo de sí mismo, contra todo aquello que niega la tensión que lo constituye y que constituyen lo social. Paralelamente a la politicidad de la definición y gestión de lo

bueno/normal, o bien de lo humano/inhumano (quizá irreductibles una a la otra), la realización de este trabajo también devino hacia las elaboraciones de Žilavoj Žizek para quien la política radica en la disputa física y simbólica por los significados prepolíticos (Žizek, 1998).

Los puntos de fuga al exterior de este trabajo son múltiples y quizá se transformen en las “nociones guía” de otras exploraciones. Entre ellos, laten las preguntas por la politicidad de los silencios, por el impacto que estos discursos tengan en las subjetividades concretas, por la articulación entre estos discursos y los modelos de inclusión-exclusión y, finalmente, laten las preguntas que interrogan sobre los puntos de fuga de estos discursos y de estos silencios cuando dicen la anormalidad y silencian la política.

IX. Referencias bibliográficas.

Agamben, Giorgio (1998): *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pre-textos, Valencia.

Blasco, D. G. (1999): “Only the tip of the iceberg: who understands what about metaphor?”, *Journal of pragmatics*, vol. 31, nro 12, pp 1675-1683.

Castel, Robert (2004): *La inseguridad social*, Manantial, Buenos Aires.

De Sousa Santos, Boaventura (2004): *Crítica de la Razón Indolente. Contra el desperdicio de la experiencia* (Tomo I), Descleé, España.

De Marinis, Pablo (2004): “In/ Seguridad/es sin sociedad/es: cinco dimensiones de la condición postsocial”, en Ignacio Muñagorri y Juan Pegoraro (coord.): *La Relación seguridad – inseguridad en centros urbanos de Europa y América Latina. Estrategias, políticas, actores, perspectivas y resultados*, Dykinson, Madrid.

_____ (1998) “La espacialidad del Ojo miope (del poder). (Dos ejercicios de cartografía postsocial)”, en Archipiélago, cuadernos de crítica de la cultura, nro. 34/35, Buenos Aires.

Feeley, M. y Simon, J. (1998): “La nueva penología: Notas acerca de las estrategias emergentes en el sistema penal y sus implicaciones”, en Revista Delito y Sociedad, Universidad de Buenos Aires, N° 6-7, pp. 33-58, Buenos Aires.

Foucault, Michel (1970): *El orden del discurso*, Tusquets, Barcelona.

_____ (1987): *Historia de la sexualidad I*, México, Siglo XXI, Barcelona.

_____ (1990): “Tecnologías del yo”, en *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós.

_____ (1996): *Genealogía del racismo*, Altamira, Buenos Aires.

_____ (2000): *Los anormales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Maxwell, Joseph (1996): *Qualitative research design. An interactive approach*, Sage publications, Qualitative Research Methods, vol. 37, California.

Pegoraro, Juan (1997): “Las relaciones sociedad estado y el paradigma de la inseguridad”, en Revista Delito y Sociedad, Universidad de Buenos Aires, N°9-10, pp. 51-64.

Pitch, Tamar (1996): “¿Qué es el Control Social? ”, en Revista Delito y Sociedad, Universidad de Buenos Aires, N°8, pp. 51-72.

Sacks, H (1984): "Notes on methodology" en J. M. Atkinson y J. Heritage (eds.) *Structures of social action. Studies in conversation analysis*, Cambridge University Press, pp. 21-27, Cambridge.

Simmel, Georg (1982): *Sociología*, Alianza, Madrid.

Sozzo, Máximo (1999): *Seguridad Urbana: Nuevos Problemas, Nuevos Enfoques*, Editorial UNL, Santa Fe.

Vasilachis de Gialdino, Irene (1992): *Métodos cualitativos I. Los problemas teórico-epistemológicos*, CEAL, Buenos Aires.

____ (1997): *Discurso político y prensa escrita. La construcción de las representaciones sociales*, Gedisa, Barcelona.

____ (2003): *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*, Gedisa, Barcelona.

____ (2005): "La representación discursiva de los conflictos sociales en la prensa escrita", en Revista Estudios sociológicos del Colegio de México, Colegio de México, Vol. XXIII, nro 67, enero-abril, México.

Zizek, Slavoj (1998): "Multiculturalismo, o la lógica cultural del capitalismo multinacional" en *Estudios culturales: reflexiones sobre el multiculturalismo*, Paidós, Buenos Aires.